

guión

El problema del mal —llamémosle así— no es una cuestión de hoy sino de siempre; no es una cuestión especulativa sino vital; no es una cuestión vital más sino la cuestión misma del sentido de la vida. Es una pregunta-queja-rebelión-lucha-resignación (¿cuál de estas cosas?) que se levanta de la misma vida, de su espesor más tangible, de lo cotidiano e íntimo o de los acontecimientos que marcan un tiempo y una colectividad. ¿Por qué el mal, tanto mal? ¿Por qué el sufrimiento de los inocentes, de los niños, de los que no se pueden defender contra ese sufrimiento ni darle un sentido? ¿Hacia quién o frente a quién o contra quién se dirige esa pregunta? Llevada hasta el final será la pregunta hacia, frente o contra Dios. La cuestión del mal y la cuestión de Dios serán las dos grandes cuestiones humanas de todos los tiempos. En cada uno de ellos se las vivirá y se las relacionará de modo distinto, con acentos distintos; pero volverá una y otra vez. En literatura, en filosofía, en psicología, en teología es un tema eterno; pero lo que es sobre todo en la vida del hombre corriente con sus angustias, sus enfermedades, sus opresiones sociales y su enfrentamiento a la muerte. Es el tema de la injusticia, del hambre, de la guerra ineluctablemente presentes a lo largo de los siglos.

Optimismo o pesimismo, providencialismo o fatalismo, teísmo o ateísmo alternarán o se combinarán intentando balbucear una respuesta. Sobre la idea del bien se ha levantado la idea del Bien Supremo. Del orden del Universo se ha hecho como una inmensa catedral para Dios. Pero ¿qué hacemos con el mal y con el desorden del Universo? Parece que nuestras operaciones mentales no cuadran, debido a ese resto excesivo que es el mal del mundo.

Muchas cuestiones entran en juego en esta gran cuestión. Algunas de ellas merecerían un tratamiento aparte, como la cuestión de la libertad humana y su relación con la gracia de Dios y su dominio del mundo. Durante siglos ha sido tema de acaloradas discusiones teológicas, que sería inútil pretender exponer en estas páginas. Baste una sola indicación. En estas discusiones del pasado se partía del supuesto que Dios y el hombre libre eran dos fuerzas que convergían hacia un mismo efecto, la acción libre, buena o mala, del hombre. Esto supuesto cada una de las partes litigantes se inclinaba a dar su preferencia a una u otra fuerza actuante. Pero ¿hay que pensar las cosas así? En este planteamiento creemos que ha estado el fallo. Dios no se suma con la criatura ni su acción con la acción de la criatura, sino que la coge desde dentro, es inmanente a la misma libertad humana.

Tampoco vamos a ocuparnos del tema de la predestinación, que conecta con el del mal en cuanto toca la cuestión de cómo Dios permite el mal definitivo que es la condenación. También esto se refiere a la relación entre la libertad y la gracia. Avisamos al lector para que no busque lo que no ha de encontrar en estas páginas. La omisión se debe a que creemos que el tema tiene suficiente entidad para ser tratado aparte.

En vez de centrarnos en el caso de la libertad que escoge el mal (mal moral) parece preferible centrar nuestra atención en el mal humano, el sufrimiento o dolor, en el cual converge el mal físico del mundo y el mal moral; es la experiencia más concreta y más inmediata, anterior a los análisis que intenten separar lo que es debido al influjo de la libertad. La libertad necesariamente quedará connotada, pero no tendrá que ser el centro del problema.

En una aproximación filosófica el problema oscila entre el teísmo y el ateísmo, entre el optimismo y el pesimismo. Surgió la Teodicea que quería defender a Dios de los que le acusaban de ser el culpable de todo el mal que hay en el mundo, y surgió la Antiteodicea que rechazaba esa defensa. Pudiera parecer que, prescindiendo de la solución en favor o en contra de Dios, la crítica es radical, puesto que se cuestiona el orden del mundo desde sus fundamentos. Sin embargo se puede descubrir que en uno u otro caso se parte de unos presupuestos que ellos mismos no han sido suficientemente criticados. El concepto de Dios que se afirma o se niega ¿es tan indiscutible?

Una aproximación psicológica ayudará a iluminar el aspecto subjetivo de la cuestión. Se descubren tres posiciones fundamentales: la reconquista ilusoria del paraíso perdido por medio de la evasión; la renuncia estoica a esa reconquista por sometimiento a la fatalidad; la búsqueda de la vida, después de haber muerto a la ilusión de un paraíso que nunca existió.

La versión teológica del paraíso perdido es la doctrina del pecado original. El problema del mal es visto desde la perspectiva de la proto-logía o doctrina de los orígenes de la humanidad.

Pero esta no es la única palabra que ha dicho la teología. A través de todo el A. T. se repiten diversos intentos de solución del problema. A lo largo de una lenta pedagogía se va acercando, no a la solución hecha, pero sí a la orientación recta. En el N. T. se pasa de la promesa al cumplimiento; interviene el suceso de Cristo, que es el nuevo dato, central y final, que obliga a replantearse a una nueva luz toda la cuestión. El problema del mal es en definitiva la cuestión de la esperanza. En vez de preguntarnos hacia atrás de dónde procede, preguntamos hacia adelante en qué termina. Teísmo y ateísmo quedan superados, cuando Jesús asume el mal y lo vence y de este modo revela a su Padre.